

A la madre de Esther le pasa algo

Esther notó que a su madre le pasaba algo aquella mañana en que, al despertarla con un beso como hacía todos los días, notó cierta humedad en la mejilla que la rozaba, cierto temblor en los labios que la besaban y un sonido semejante al del violín, en el fondo de aquella voz que la arrancó del sueño... un sonido como el de la brisa solitaria de invierno que atraviesa las calles al anochecer.

—Buenos días, quinquirrinera —siempre la despertaba con esa palabra que provocaba en Esther ganas de saltar de la cama y ponerse a bailar: quinquirrinera, quinquirrinera.

Pero en esta ocasión sonaba como el repiqueo de una frágil tacita rebotando en el suelo, a punto de estallar hecha añicos.

Quinquirrinera, quinquirrinera. Cuántas veces jugó, de niña, al corro con su madre: «Hala quinquirrinera, hala chambrunera, hala niña bonita,

date date la vuelta». Y se daban la vuelta, para situarse de espaldas, darse la mano y seguir girando: «Hala quinquirrinera, hala chambrulento, hala niña bonita, gírate para dentro». Y se daban la vuelta de nuevo, para ponerse de frente y continuar jugando al corro. Y así una y otra vez. Un gozo como una risa que aún no aflorara a los labios iba subiendo del vientre al pecho, recorría el tronco de Esther, hasta que por fin atravesaba la boca y estallaba en una carcajada que contagiaba a su madre. Ambas, de un salto, se sentaban en el suelo, y seguían riéndose. La risa de Esther era quinquirrinera, la de su madre chambrunera, y se contagiaban entre sí.

Pero ahora, la palabra quinquirrinera resonaba en los oídos de Esther como un repiqueteo triste y lejano en el tiempo.

«Ha llorado», se dijo Esther para sí, mientras se frotaba los ojos y sentía que su madre abandonaba la habitación con aquel pijama suyo que agitaba el aire como una bandera, signo inequívoco de que le quedaba grande, y con aquellas chancletas que se adherían y se despegaban de la planta del pie resonando flot-flot por toda la casa.

Estuvo a punto de preguntarle: «¿Te pasa algo...?».

Pero la pregunta se le quedó por dentro de los labios, porque su madre ya había salido de la habitación y porque notó algo en ella que le daba a entender que no quería que su «quiquirrinera» se enterara de lo que pasaba: el problema, el disgusto, o lo que fuera.

Palpó el reloj. Las ocho en punto. Esther sabía leer el reloj desde pequeña. Aún recordaba cómo su madre la ayudaba a palpar las agujas del reloj mientras le iba señalando la hora. Esther solo percibía un círculo con unas rayas y unas agujas, al tiempo que su mente se esforzaba por entender cómo demonios funcionaba la hora en aquel chisme que se le antojaba mágico y secreto. Aguzaba el oído como tratando de captar con mayor precisión la hora que le señalaba su madre y ella no conseguía interpretar. Más adelante, su madre le fue explicando el mecanismo de las horas, y la mente de Esther se fue iluminando y captó en aquellas rayas lo que antes no alcanzaba a comprender. Eso le provocó una impresión sobrecogedora que nunca se le

borró; se dio cuenta de que sus ojos podían mirar muchas cosas a través de los dedos, para luego formar una imagen dentro de su cabeza. Desde entonces, Esther trataba de percibir a fondo, a través del tacto, los sonidos, la temperatura, el olor...

Algo semejante le pasó cuando, en cierta ocasión, sus padres la llevaron a pasear por el malecón de Fuenterrabía, en la desembocadura del río Bidasoa. Su padre la agarró del brazo y señaló con él hacia el otro lado de la ría.

—Esther: al otro lado del río está Francia.

¿Francia? ¿Dónde estaba Francia? Esther solo percibía el estrecho paseo del malecón, el suave sonido del agua a ambos lados, cierto vértigo provocado por la inmensidad del mar que ella adivinaba enfrente... Apretó los párpados, manteniéndolos fuertemente cerrados para intentar trazar con intensidad la imagen de la misteriosa Francia, aquella palabra mágica que sonaba en los oídos de Esther indicándole otro mundo, que debía de ser muy distinto al que ella estaba acostumbrada a sentir. ¿Dónde estaba Francia? ¿En Francia olía igual, se tocaba igual, sonaba igual?

Esther desplazó medio cuerpo fuera de la cama y palpó el suelo. Tocó sus zapatillas rojas con un círculo blanco en la parte del empeine, como su madre se las describió al comprárselas en la zapatería de Toribio. El círculo blanco del empeine simulaba un reloj y una cara al mismo tiempo y Esther percibía perfectamente ambos detalles; las zapatillas siempre indicaban las once y cuarto. Antes de acostarse, se las quitaba y las colocaba bien juntas, perpendiculares a la cama. Tenía sus cosas bien ordenadas, cada ropa y cada objeto en un lugar preciso, y no permitía que nadie alterase el orden que ella establecía. Por ejemplo, el juego de rotuladores estaba organizado según una sucesión de colores invariable y ella dibujaba con ellos las imágenes que trazaba dentro de su cabeza. Si alguien usaba los rotuladores y no los guardaba tal y como ella los había dejado antes, Esther se daba cuenta inmediatamente, porque cada rotulador tenía un tacto ligeramente distinto.

—¿Quién ha usado mis rotuladores? —se enfadaba, y los iba colocando como solo ella sabía.